

Pacto versus realidad

El optimismo con que los firmantes del pacto de Ajuriaena han celebrado un año de éxitos me recuerda aquel otro momento de euforia en que, a bombo y platillo, nos anunciaron la «reinserción» como la panacea que iba a poner fin al «terrorismo» y posibilitar el proceso de «normalización», tan deseado por quienes consideran «normal» el sometimiento y la renuncia. Esta vez, los cantos triunfales de victoria predicen una etapa nueva de conquistas callejeras y respuestas masivas, frente a las que HB, acorralada, sin pueblo y sin espacio, tendría que regular... El que a distancia recibe el mensaje se convence de que algo definitivamente está pasando en el País Vasco. «Ahora la calle es nuestra», concluía un analista del pacto, en una exaltada intervención en RNE, «ellos han puesto énfasis en la calle y han visto que toca a su fin; todo eso afecta a HB...» (Claro que, por si acaso, se han apresurado a prohibir su manifestación).

¿Será posible que se lo crean? ¿Se están engañando a sí mismos? ¿O es que tratan de engañar a otros que, desde lejos, se conforman con contemplar sólo la imagen?

Pienso que puede haber un poco de todo: necesidad de agarrarse a las tablas de salvación para escapar al último naufragio de aquel «arrepentimiento» que no consiguió convencer a nadie. Necesidad también de presentar, como siempre, una fachada tranquilizadora para los muchos que observan con inquietud -o con peligrosa simpatía, nunca se sabe-, este proceso que, lo quieran o no, lo oculten más o menos, está siguiendo su curso, cada vez con mayor apoyo popular.

Claro que una cosa es cómo nos presentan ese pacto y otra cómo muchos lo ven. Son ópticas diferentes.

Tener que llegar a un pacto en apariencia tan artificial (José Mari Etxepare escribió un artículo humorístico muy jugoso, en este mismo periódico, en el que se veía a la derecha más recalcitrante del brazo con la izquierda más «moderna»), no parece un triunfo sino más bien una nueva tentativa desesperada de cortar, como sea, una situación que les preocupa a todos, a los de Euskadi y a los de fuera. Porque está claro que este pacto es un acuerdo previamente tomado en Madrid. Un pacto imprescindible para la política del gobierno central. Triste pacto, pues, para quienes haciendo dejación de su ya mermada independencia política, decidieron unirse para

colaborar dócilmente en la represión que a otros favorece.

Pero que estén todos juntos, con las grandes contradicciones que eso les desencadena, no significa tampoco un paso adelante, sino más bien un retroceso, porque al renunciar a las ya escasas diferencias que tenían, cada vez se parecen más todos y, de seguir por ese camino, puede augurarse que están condenados a ser una misma cosa. Lo cual más bien parece un paso atrás.

Por otra parte, ¿consiguen con eso aislar a la izquierda abertzale? ¿Aislarla de lo que ella no quiere separarse: de su pueblo?

A tenor de los hechos más bien se diría que esos pactos, a medida que unifican por arriba a los partidos que los firman, alejan a sus militancias, que terminan por no comprender lo que ocurre y decepcionados o aburridos abandonan (¿con qué moral, por hablar de hechos concretos, los concejales de esos partidos pueden explicar a sus bases -que, solidarias, se lanzaron durante tres días y tres noches al monte, buscando angustiadas, sin tregua al secuestrado vecino Urziberea- que no apoyan la moción que condena el secuestro porque hay un pacto que les obliga a rechazar cuanto HB presente en los Ayuntamientos?).

Observando desde cerca lo que ocurre, recogiendo datos reales -no la foto trucada que los sustituye- y tomando después una cierta distancia, que permita observar con mayor perspectiva el panorama global, ese pacto es un ensayo más de represión que, precisamente, al no partir de la realidad está condenado, como los anteriores, al fracaso. ¿En qué quedaron aquellas expectativas en torno a la «reinserción», a la que tantos y tantos -según nos aseguraban- se habían acogido y que parecían anunciar el inmediato fin de la guerra y el descalabro del MLNV? ¿No parece más bien que las naves «salvadoras» se estrellaron contra la roca firme de quienes resisten, inamovibles, embate tras embate, se celdas de exterminio, manteniendo la dignidad contra tanta degradación ofrecida? ¿No fue aquello un naufragio estrepitoso?

Entonces, como ahora, el falseamiento de la realidad se basaba en la mentira. En esa estrategia de ensayar formas para destruir el movimiento popular, en esta ocasión le ha tocado el turno a la calle. Preparar el montaje no es difícil cuando se tiene el control de los más importantes medios de comunicación.

Durante un año se han esforzado en organizar movilizaciones que, convenientemente manipuladas, pudieran garantizar que el gato fuera aceptado como liebre. Se trataba de dar la imagen de un apoyo que, a la vista de lo ocurrido, es evidente que no tienen. La calle como plataforma de exhibición tiene sus peligros. Y no es lo mismo sacar a la gente a la calle que salir voluntariamente a la calle. Además, salir a la calle no significa nada positivo; puede ser bueno o malo, según. Lo importante es por qué sale. Salir a pedir «la paz para Euskadi» es algo tan ambiguo que, precisamente porque se puede utilizar en todas direcciones, ya no significa nada. Pedir a gritos que ETA deje de matar, cuando la violencia del Estado ha llenado las cárceles de presos, hay tortura y deportaciones; cuando son varios los que han muerto asesinados, los que han desaparecido, cuando hay violaciones de los derechos humanos públicas y notorias, resulta una falacia, un grito grosero, que despierta ecos oscuros en la memoria y que de ningún modo puede ser popular.

Aquí, los únicos que estarían capacitados para pedirle a ETA que dejara de matar son quienes, día a día, con gran riesgo de su vida (estoy pensando en Santi Brouard y otros muchos como él) vencen el miedo y denuncian el terrorismo de Estado. Ellos tendrían fuerza moral para dar ese paso si ese fuera el problema. Pero el problema es otro. Lo fundamental no es que ETA deje de matar -cosa que todos deseamos, y pienso que más aún los militantes de esa organización- sino que aquellos que tienen el poder de hacerlo se enfrenten al problema real -no al sustituto-, y le den un tratamiento político -no represivo-, negociado y pacífico, que es lo que desea el pueblo y por lo que tantas veces ha salido masivamente a la calle sin necesidad de que nadie lo sacara.

Claro que, para soportar esas multitudinarias manifestaciones tan elocuentes por sí mismas que durante horas llenan las calles de Bilbao, hay que gozar de una salud democrática, y de una tolerancia de la que carecen. Hoy, por hoy, están aún bajo la presión del miedo a que se haga visible la realidad que ocultan. Eso explica la prohibición del día 21. «Gente en la calle si -nos vienen a decir-, pero la que saquemos, no la que salga».

Y los del pacto tan contentos.

(*) Escritora

Nor bere lekuan

Orain, hain zuzen, su-etenaren hamabostaldia hasterakoan. Josu Urruti-koetxea arrestatuz, ez-entzun borobila egin dio frantses gobernuak ETA-ren eskaintzari. Organizazio armatua inolako lotsarik gabe orain zafratuz, agiriaren utzi dute negoziaketari «ez» erantzuteko erabakia.

Hots, politzi ekinza honetan (gainerako guztietan bezala, eta hau orain dela 25 urte gutxienez) bi politizan (eta bi gobernuen) elkarhartzea segurutzat bi gaitakeenez gero, kolpatzeko erabakia oso goian hartu izan dela pentsatu behar da.

Ia-ia egun berean, PNVak eta EEak partidu españolekin «pacto» famatua berretuz eta «ETA-ren disoluzioa» eskatuz, zerbitzu gaitza egin diete Madrile eta Parisi; bi sinadura horiek «uskal onspen» gisa erakuts baitaitezke munduan zehar datorren zantzia zuritzeko.

Bidenabar ere, errazago zaio Bizkaiko gobernariari 21ko manifestazioaz HBri «ez» erantzutea.

Gertakarien larria, larria izanik ere (eta larriago izango ote den guztiok beldur), epifenomeno hutsa da.

Fraintziak, Espainiak, «pakto» sinatu duten indarrek: «aqui no pasa nada: Estatuto de Guernica, y punto. Se acabó el problema», diote.

Itsukeria honen larria denborak neuruko du. Itsukeria horren saildukeria ere, autodeterminazioaren arauera agertuko da geroan. Baina bi «uskal-partiduk eman berri duten «avalaren prezioa», herri mindu honek ordaindu beharko du berriro odoletan eta negarretan.

TXILLARDEGI

hemeroteka

Francia ataca a la cabeza de ETA

(Pascal Nivelle, «Libération», 13-1-89)

Esas operaciones han provocado una gran agitación en la dirección central de la Dirección de Seguridad en París. «Los españoles estaban locos de alegría y nos lo han hecho saber», saborea un comisario. «Para ellos, es, sin ninguna duda, el equivalente al desmantelamiento de Acción Directa!» añade otro. «Nosotros, estamos más prudentes, hay que mantener la sangre fría. Esta operación es un estímulo para ir más lejos, es todo». Es el primer gran golpe antiterrorista desde el cambio de ministro del Interior: «Ya era hora. Nosotros demostramos así la continuidad del servicio público». Continuamos ahí y estas detenciones no pueden más que reforzar nuestra imagen de instrumento policial, fiable pero neutro. Republicanos». La palabra ha sido lanzada.

Detrás de la apariencia consensual se perfila una diferencia en los métodos. Aún se tiene el mal recuerdo de la espectacular «redada» organizada en Baiona por Charles Pasqua y Robert Pandreau, en la madrugada del sábado 3 de octubre

de 1987. Una operación sensacionalista para un cuadro de caza bien pobre. Hoy en día, se reconoce sobre todo que las circunstancias se prestan a un trabajo de fondo de desestabilización de ETA. «Es verdad que estamos más tranquilos. Hemos aprovechado la desaparición de Acción Directa para concentrar nuestros esfuerzos en objetivos vascos bien precisos. Es otro método de trabajo: en lugar de tener 15 objetivos al mismo tiempo y de dedicarnos tres horas al día, hemos escogido tres a los que dedicamos las 24 horas del día».

Secretarias

(Rosa Montero, «El País», 14-1-89)

Sufridísima profesión ésta que, como es público y notorio, parte de un malentendido colosal: la confusión que padecen muchos jefes entre la esfera de lo laboral y lo doméstico. Y, así, a las secretarias no sólo se les exige, como es lógico, una profesionalidad despegante, sino que además ha de reservar vuelos para viajes privados y mesas para comidas familiares, recordar el aniversario de boda de su jefe o adquirir entradas del concierto rock para la niña adolescente y el novio con cresta de la niña...)

Pues bien, este estúpido pan-

rama es susceptible aún de empeoramiento. Me cuentan que, embargados por este frenético culto a la apariencia en que vivimos, los directivos de las empresas han empezado a confundir la modernidad con la lindeza. Y, ahora más que nunca, exigen que sus secretarias, además de eficientes, sea un prodigio de juventud y de guapeza... Ellos, mientras tanto, los jefazos, son exactamente como siempre, o sea, barrigones, calvos, los pies planos... Pero así, con el adorno de sus chicas, se creen que van a conquistar Europa. Sea usted secretaria trilingüe para esto.

Trepas

(Juan Zapater, «Navarra Hoy», 14-1-89)

Son suaves, cuando hay que serlo, se amoldan a las circunstancias y están siempre bien dispuestos. Forman legión en los tiempos de crisis donde las oportunidades son escasas y la supervivencia pasa por encima de otros.

Camaleones profesionales, ellas y ellos, no quisieron verse en un Allen que los caricaturizó con tanta precisión como benevolencia... No dan la cara, al menos nunca ante el tiempo porque eso sería mortal

para sus aspiraciones de seguir trepando.

Se ganan la estima de quien les interesa con la sagacidad de contrafirmar en todo, actitud de permanente alabanza que cesa cuando se ha perdido de vista el objeto-sujeto de su ambición. Entonces, con crueldad malsana y burla vulgar se lavan las manos entre los enemigos de sus víctimas renegando de ideologías, fidelidades y compromisos.

Son la plaga moderna, personajes ansiosos de poseer algo que jamás les hará ser felices porque siempre precizarán de otro algo... Se sirven de esa debilidad humana consistente en dejarse

mecer por las adufaciones y el compadreo y se alimentan del vicio social de fiar las espaldas al que aparentemente acepta todo sumiso...)

Pero no hay nada que temer porque son detectables cuando se les observa frente a su subalternos. Entonces enseñan sus garras: Entonces pierden su sonrisa y se vuelven todo inocuos. Y por lo general son inocuos cuando comprendemos que detrás de toda sonrisa normalmente no se esconde un amigo. Esto último es para ellos algo demasiado caro, demasiado lejos de sus posibilidades como para ni siquiera entenderlo.

